

Calvert Casey o la soledad de los aeropuertos*

Gerardo Muñoz

"Tu último paso será tu último gesto"

- Calvert Casey ("A un viandante de 2965")

Son conocidas aquellas páginas en las que José Martí confiesa su sentimiento de culpa ante la sociedad norteamericana. Cuenta Martí que todas las mañanas cuando se levantaba y salía a las tumultuosas calles de Nueva York, podía sentir que cada uno aquellos señores del siglo XIX, apresurados y bien vestidos, se dirigían hacia sus respectivos trabajos y actividades laborales. Como si estuviese encarando la sociología de Max Weber, Martí reconocía en la entidad moderna de la masa, el sentimiento de la alineación en tanto la división capitalista del trabajo. De ahí que luego de narrar esta actividad urbana, Martí hable de un sentimiento de culpa, como luego será para Kafka, en donde el trabajo intelectual y la contemplación se contraponen al cuerpo y el valor de cambio de la esfera económica. Ser culpable, entonces, significaba no solo no ir a Central Park y meditar sobre la naturaleza, sino volver a casa y encerrarse en la creación: pretender frente a los otros que también él había desaparecido en esa nueva privacidad laboral [1].

Recuerdo esta viñeta martiana porque ya a mediados del siglo XX, varios intelectuales y letrados cubanos articularán visiones muy parecidas sobre la realidad estadounidense. En un muy poco comentado ensayo, "Apuntes de vuelo", publicado en un número de julio de 1956 de la revista habanera *Ciclón* que dirigía José Rodríguez Feo, Calvert Casey logra reflexionar sobre la condición moderna de la vida norteamericana, a la vez que la contrasta con algunos de sus países vecinos como México y desde luego, Cuba [2]. Calvert Casey, quien había vivido buena parte de su juventud y adolescencia en los Estados Unidos, y quien luego

regresará a la Isla como muchos otros intelectuales animados por el fulgor inicial de la Revolución Cubana, hilvana una imagen compleja de la convivencia norteamericana.

Como si dialogara con aquellas reflexiones de Martí, Casey ve en los Estados Unidos el sentimiento del anonimato y la soledad, el *mind-your-own-business* y el desapego de la indiferencia. Más que respuestas, Casey escribe en base a hipótesis en formas de preguntas:

"La soledad es una realidad harto tangible en un país donde se cultiva y defiende a toda costa la 'privacy' (es curioso que el término no tenga traducción en español ni en algunos otros idiomas; que haya explicarlo)... ¿Qué hace que el fenómeno de la soledad forzosa y el hastío sea más visible en los Estados Unidos que en ningún otra parte? ¿Qué produce la existencia un Bowery en una sociedad joven y sana? ¿Es parte del temperamento anglosajón, introspectivo y distante? ¿Es producto de la comodidad material o ésta producto de aquél?" [3].

Aunque pareciera que aquí Casey escribe como un crítico de la sociedad de consumo estadounidense, más abajo también exalta los modos en que la soledad y el individualismo pueden ser maneras necesarias para una convivencia comunitaria. Por ejemplo, Casey argumenta que en Cuba, así como en buena parte de los países latinoamericanos, aquel que prefiere la soledad es considerado un "raro", y excluido automáticamente de las normas comunitarias. Indudablemente al usar la categoría de "raro", Casey está también aludiendo a su posición como escritor y pensando en los creadores que había rotulado Rubén Darío. Y en más de una forma, los relatos de Casey ("El regreso", "El paseo"), comprenden una formulación de la soledad que está lejos de ser parte de esa condición del "vicio" generado por el capitalismo, sino más bien una alternativa al fenómeno social de la masa que emerge y se conecta con la ética del trabajo.

De alguna forma en el discurso de Casey entrevemos algo que en Martí aún no llegamos a verificar: el lugar de las tecnologías en la nueva sensibilidad moderna. Como ha estudiado el crítico Rubén Gallo en *Mexican Modernity: The Avant-Garde and the Technological Revolution*, (MIT Press, 2010), la proliferación de los artefactos tecnológicos como la radio y la máquina de escribir, el cine y la cámara fotográfica, no solo operaron como dispositivos

para entender una realidad y llegar a las masas, sino también fueron centrales en el momento de la construcción de nuevos espacios mecánicamente reproducidos y distanciados de la experiencia humana. Es sobre esta dimensión que Casey cifra el nuevo modo de la soledad norteamericana, mostrando a la vez una cierta ambigüedad y fascinación:

"El progreso técnico, la introducción del radio, de la televisión en la casa —que en las grandes ciudades es con gran frecuencia un apartamento muy cómodo para solo una persona—, el amor a la velocidad, a la acción, a los viajes, la facilidad con que algunos norteamericanos pueden abrazar completamente otras culturas, ¿son, acaso, productos del desasosiego, del hastío, de la soledad también muy observable en Inglaterra y en el Canadá? Que se nos perdona si solo nos atrevemos a hacer preguntas."

El discurso sobre la soledad no puede desligarse de su inclusión del nuevo desarrollo de los medios, puesto que a través de los nuevos aparatos de comunicación es que se construye un nuevo modo de leer la sociedad y de encontrar un lugar en ella. Diríamos más: la literatura moderna se construye a partir de su comunicabilidad y diferencia con los medios masivos. Sin embargo, y a diferencia de Manuel Puig o Guillermo Cabrera Infante, dos escritores que habían hecho de la nueva cultura de masas y de los gustos de la cultura baja (el cine, el folletín, el cabaret, el gramófono) una constelación de dos nuevos mundos literarios; la literatura de Casey no muestra entusiasmo por los soportes tecnológicos. Todo lo contrario: apenas aparecen aparatos tecnológicos en su obra. Y a diferencia de Kafka, su gran precursor; no hay aquí lugar para máquinas de tortura o fotografías cortesanas. La ambigüedad de Casey frente al fenómeno de masas, radica en su fascinación y en su deseo de aproximarse a ciertas zonas culturales y políticas en donde el escritor suele estar solo de pasada, a la manera de un explorador de geografías desoladas, en donde solo puede ubicarse el cuerpo.

Es por esto que Casey comienza "Apuntes de vuelo" con una magnífica descripción de los aeropuertos que conviene citar en su totalidad, ya que no ha perdido su actualidad casi medio siglo después:

"Lo que más desconcierta en los aeropuertos es la terrible uniformidad del personal. El que nos recibe y revista la documentación es sin duda la misma persona que nos despidió y revisa

la documentación unas horas antes, quién sabe dónde, un individuo que no duerme nunca, que emprenderá infinidad de viajes a la vez y recibe y despide a miles de viajeros al mismo tiempo y en innumerables, remotísimos puntos. Es la versión repetida mil veces de un mismo hombre o una misma mujer que habla muchos idiomas. Es aquí donde la uniformidad y la monotonía modernas son más abrumadoras.

¿Será esto lo que causa la náusea vaga que producen los aeropuertos? No se sabe si compadecer el atento personaje que no puede salir nunca de su pulcra muda limpia o si compadecemos a nosotros mismo por tener que presentarle siempre los mismos documentos, por toda la faz de la tierra."

Así, el aeropuerto viene siendo la metonimia del sentimiento de la soledad que atraviesa toda la obra de Casey desde los relatos de *El regreso* hasta su última novela destruida *Gianni, Gianni* ("Piazza Morgana"). Náusea, uniformidad, monotonía, reproductibilidad de las cosas, son todos tropos vinculados justamente con la mecanización moderna de la sociedad en los umbrales utópicos del progreso de la sociedad moderna. El aeropuerto norteamericano (quizás como el subterráneo para el estalinismo) es la zona total en donde el sujeto se encuentra con un espejo de su entorno, sobre los límites de la representación de sus lenguajes culturales. Daniel Link ha señalado cómo los 60 en realidad comienzan un poco antes, cuando algunos escritores se percatan del impacto tecnológico en la modernización de la escritura [4].

(El caso más interesante es Borges quien comienza "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", con aquella sentencia: "los espejos y la cópula son abominables porque multiplican el número de los hombres"). El horror de las nuevas tecnologías de comienzos del siglo residía, entonces, en la reproductibilidad de las cosas y, a consecuencia de ello, en la estandarización de los productos culturales. El sentimiento de "culpa" en Casey se genera, a diferencia del de Martí, no solo a propósito de la eticidad de trabajo, sino a propósito de la reproductibilidad de las cosas (las mercancías, los espacios, la repetición, la numerología).

Este rechazo tecnológico, la náusea que produce el aeropuerto, explicaría por qué Casey regresa a Cuba y escribe una poética a favor de la soledad y de los silenciosos, signada

por la fascinación sadomasoquista de la muerte y la destrucción del sujeto. O, ¿de qué forma leer otros textos de Casey ya escritos en plena fervor revolucionario? Textos como *Cuba: transformación del hombre* (Casa de las Américas, 1961), donde Casey recoge la "pureza" del habla de un campesino; así como la increíble viñeta "El centinela en el Cristo", recogido en *Memorias de una Isla* (Ediciones R, 1964), son formas de entender la Revolución Cubana desde un cuadro muy particular: no como un proyecto de masas hipermediático —lo que realmente fue— sino como el proceso de soledad y timidez frente a los grandes proyectos tecnológicos comercializados de la sociedad capitalista y soviética.

No ajeno a los antagonismos políticos de la Guerra Fría —Casey escribía en aquel mismo ensayo de 1956: "los esfuerzos de las dos grandes sociedad antagónicas de nuestro tiempo: los Estados Unidos y la Unión Soviética; y con ellas las Naciones Unidas... Prever, planear, proyectar, ejecutar, metodizar, con el Progreso, la Abundancia, y la Felicidad como grandes objetivos en el tiempo"—, esto explicaría también por qué Casey y buena parte de los intelectuales y artistas a partir de 1959, dentro de las más variadas ideologías, vieron (o quisieron ver) en la Revolución Cubana un acontecimiento que ofrecía una ruta alterna a la bipolaridad Unión Soviética-Estados Unidos.

Casey lee la Revolución como nueva era de la soledad, en efecto, como escenario de una "soledad terrible", como escribe en alguna página de *Memorias de una Isla*. Cuba, en la obra de Casey, se convierte en la antítesis del aeropuerto: en el espacio donde se redimen las culpas y donde quizás se puede practicar, por momentos, el arte de la desaparición.

**Publicado en Diario de Cuba. Marzo de 2012.*

Notas

1. Walter Benjamin analiza el doble sentido de la “culpa” (schulde) en su conocido ensayo “Capitalismo como religión” (1936).
2. Calvert Casey, “Apuntes de vuelo”. *Ciclón*, Vol.2, 1956.
3. *Ibíd.*, 54.
4. Daniel Link. “Orbis Tertius. La obra de arte en la época de su reproductibilidad digital”. *ramona*, 2002.